

Ser supremo. Sálgase de aquí, y solo veo injusticia, hipocresía y mentira entre los hombres: el interés personal, que en la concurrencia puede necesariamente mas que todas las cosas, enseña á cada uno á disfrazar el vicio con máscaras de virtud. Labren todos los demás hombres el bien mio á costa del suyo; refiérase todo á mi solo; perezca, si es menester, el linaje humano en la pena y la miseria por ahorrarme un momento de hambre y dolor; este es el idioma interior de todo incrédulo que discurre. Sí, lo sustentaré toda mi vida; cualquiera que en su corazon ha dicho: «No hay Dios,» y habla de otro modo, es un mentiroso ó un insensato.

Lector, en balde me afano; bien veo que vos y yo nunca veremos á mi Emilio bajo el mismo aspecto; siempre os le figurareis semejante á vuestros mozos, atolondrado siempre, petulante, veleidoso, vagando de fiesta en fiesta, de diversion en diversion, sin poder fijarse nunca en nada, y os reireis de ver que le presento yo como un contemplativo, un filósofo, un verdadero teólogo, en vez de un mancebo ardiente, vivo, arrebatado, fogoso, en la mas ferviente edad de la vida. Direis: Este soñador siempre sigue con su fantástica imágen; cuando nos da un alumno á su manera, no solo le forma, sino que le crea, le saca de su cerebro; y creído de que sigue sin cesar la naturaleza, se aparta de ella á cada momento. Siempre que comparo á mi alumno con los vuestros, apenas hallo nada en qué puedan semejarse. Criado de tan distinto modo, es casi un milagro si en algo se les parece. Como ha pasado su niñez con toda la libertad que se toman ellos en su juventud, en esta empieza á seguir la regla á que sujetaron á los otros cuando eran niños: esta regla para ellos es un azote; le cojen horror y no ven mas en ella que la dilatada tiranía de los maestros; no creen que salen de la infancia, si no sacuden toda especie de yugo (1); entonces se indemnizan de la prolongada sujecion en que los

(1) Nadie hay que con tanto desprecio mire la infancia como los que de ella salen; así como en los países donde es poca la desigualdad, y donde teme cada uno que le confundan con sus inferiores, se observan las distinciones con mayor afectacion.

retuvieron, como un cautivo, libre de sus grillos, extiende, agita, y dobla sus miembros.

Por el contrario, Emilio se honra con hacerse hombre y sujetarse al yugo de la razon naciente; ya formado su cuerpo no necesita los mismos movimientos, y empieza á parar por si propio, mientras que medio des-
envuelto su espíritu, procura recíprocamente tomar su vuelo. De suerte, que la edad de razon para los unos es la edad de la licencia, y para el otro es la edad del raciocinio.

¿Quereis saber si están ellos ó él mas cerca de la naturaleza? Contemplad las diferencias en los que menos se han desviado de ella; observad la juventud de las aldeas, y ved si es tan petulante como la vuestra. «Durante la infancia de los salvajes, dice el señor Lebeau, siempre están en movimiento, y se ocupan en varios juegos que les agitan el cuerpo; mas apenas han rayado en la edad de la adolescencia, se tornan tranquilos, pensativos, y no se aplican mas que á juegos serios ó de suerte (1).» Habiéndose educado Emilio con toda la libertad de los patanes y salvajes mozos, debe mudar y quedarse parado como ellos, cuando llegue á grande: toda la diferencia consiste en que en vez de obrar únicamente por jugar ó alimentarse, en sus ocupaciones y en sus juegos ha aprendido á pensar. Cuando por esta vía ha llegado á tal término, se halla ya dispuesto para aquella en que le introduzco: los objetos de reflexion que le presento ceban su curiosidad, porque son hermosos en sí, nuevos para él, y está en disposicion de comprenderlos. Vuestros mozos al contrario, ahitos, aburridos con vuestras insípidas lecciones, con vuestras largas prácticas, con vuestros perdurables catecismos, ¿cómo no se han de negar á la aplicacion que tan triste les han hecho, á los pesados preceptos con que no han cesado de abrumarlos, á las meditaciones sobre el autor de su ser, que les han presentado como enemigo de sus gustos? A todo esto lo han tomado aversion, tedio y repugnancia; la violencia ha engendrado en ellos la an-

(1) Aventuras del Sr. C. Lebeau, Abogado del parlamento, tomo II. página 70.

tipatía: ¿cómo quereis que en ello se ocupen, así que pueden disponer de sí? Se necesitan novedades para agradarles, y no les gusta nada de cuanto se dice á los niños. Lo mismo sucede con mi alumno; cuando es hombre, le hablo como á hombre, y solo le digo cosas nuevas; precisamente porque aburren á los otros, deben ser de su gusto.

De esta suerte le hago ganar tiempo de dos modos, retardando, en beneficio de la razon, los progresos de la naturaleza. ¿Pero he retardado efectivamente estos progresos? No; tan solo he impedido que los acelere la imaginacion: he contrapesado con lecciones de otra especie las precoces lecciones que recibe el mozo de otra parte. Mientras le arrastra el torrente de nuestras instituciones, atraerle en sentido contrario por otras diferentes, no es sacarle de su puesto, es mantenerle en él.

En fin, llega el verdadero instante de la naturaleza; es necesario que llegue. Una vez que es preciso que el hombre muera, tambien lo es que se reproduzca, para que dure la especie y se conserve el orden del mundo. Cuando, por los signos de que he hablado, anteveais el instante crítico, al punto abandonad para siempre con él vuestro antiguo estilo. Todavía es vuestro discípulo, mas ya no es vuestro alumno, que es vuestro amigo; es un hombre, tratadle como tal.

¿Qué, he de abdicar mi autoridad, cuando mas necesaria la creo? ¿He de abandonar el adulto á sí propio en el instante que menos se sabe conducir, y que son mayores sus extravíos? ¿He de renunciar de mis derechos, cuando mas le importa que use de ellos? ¡Vuestros derechos! ¿Quién os dice que los renunciéis? Ahora es cuando empiezan en beneficio suyo. Hasta aquí solo por maña ó por fuerza alcanzabais de él lo que queriais; ni conocia la autoridad, ni la ley de la obligacion; era necesario que le apremiárais ó le engañárais para que os obedeciera. Pero mirad con cuantas nuevas cadenas habeis aprisionado su corazon; la razon, la amistad, la gratitud, mil afectos le hablan con un tono que no puede desconocer, y todavia no le ha ensordecido el vicio; todavia solo es sensible á las pasiones de la naturaleza. La primera de todas, que es el amor de sí mismo, os le

entrega, y tambien os le entrega el hábito. Si un arrebatado momentáneo os le quita, el arrepentimiento os le restituye al punto; el afecto que con vos le estrecha es el único permanente; los demás todos se siguen y se borran unos á otros. No dejeis que se corrompa, y siempre será dócil; cuando empieza á manifestar rebeldía ya está pervertido.

Confieso que si oponiéndoos abiertamente á sus nacientes deseos los tratais neciamente de culpas, en breve no os escuchará; pero así que abandoneis mi método, de nada respondo. No perdais nunca de vista que sois el ministro de la naturaleza, y nunca sereis su enemigo.

¿Mas qué determinacion se ha de tomar? No queda aquí otra alternativa que favorecer sus inclinaciones ó sujetarlas; ser con él condescendiente ó tirano: y tan peligrosas consecuencias acarrear ambas, que hay que titubear mucho para la eleccion.

El primer medio que se ofrece para resolver esta dificultad, es casarle cuanto antes; sin disputa es la salida mas segura y mas natural: pero dudo que sea la mejor ni la mas útil. Luego diré mis razones; ahora confieso que se deben casar los mozos desde la edad nubil, pero llegan á esta edad antes que sea tiempo, y nosotros somos los que se la hemos anticipado, cuando se debe prolongar hasta su madurez.

Si bastase con escuchar las inclinaciones y seguir su indicacion, seria asunto concluido en breve; pero median tantas contradicciones entre los derechos de la naturaleza y nuestras leyes sociales, que para conciliarlos es necesario ladearse y tergiversar continuamente: es preciso mucho arte para estorbar que el hombre social sea totalmente artificial.

Por las razones que antes he expuesto, creo que con los medios que he indicado, y otros semejantes, puede dilatarse á lo menos hasta los veinte años la ignorancia de los deseos y la pureza de los sentidos: tan cierto es esto, que entre los germanos, el mancebo que antes de esta edad perdía la virginidad era tenido por infame; y con razon atribuyen los autores á la continencia de estos pueblos, durante su mocedad, el vigor de su constitucion y la numerosa prole.

Esta misma época se puede prolongar mucho, y hace pocos años que no había cosa mas general, aun en Francia. Entre otros ejemplos notables, el padre de Montaigne, hombre no menos escrupuloso y verídico que robusto y sano, juraba que se había casado virgen de treinta y tres años, despues de haber servido mucho tiempo en las guerras de Italia; y en los escritos del hijo se puede leer la jovialidad y el vigor que de mas de sesenta años conservaba el padre. Por cierto la opinión contraria, mas que en el conocimiento de la especie en general, se funda en nuestras preocupaciones y nuestras costumbres.

Puedo, por tanto, omitir el ejemplo de nuestra juventud, que nada prueba para quien no ha sido educado como ella. Considerando que la naturaleza en esta materia no tiene época fija que no se pueda anticipar ó retardar, creo posible, sin salir de su ley, suponer que Emilio, por mis desvelos, ha permanecido hasta ahora en su primitiva inocencia, y veo que va á finalizar esta época. Cercado de peligros que crecen sin cesar, va á deslizármese, por mas que yo haga. A la primera ocasion, que no tardará en presentarse, va á seguir el ciego instinto de los sentidos; y se pueden apostar mil contra uno á que se va á perder. Mucho he reflexionado acerca de las costumbres de los hombres, para que se me esconda el invencible influjo de este primer momento en lo restante de su vida. Si disimulo y finjo que nada veo, se vale de mi flaqueza; creyendo que me engaña, me desprecia, y soy cómplice de su pérdida; si pruebo á traerle al buen camino, ya no es tiempo, no me escucha; me hago incómodo, aborrecible, inaguantable para él; poco tardará en desprenderse de mí. Un solo partido prudente tengo que tomar, que es hacerle á él mismo responsable de sus acciones, preservar-le á lo menos de los lazos del error y hacer que vea palpables los peligros que le cercan. Hasta aqui le contenia por su ignorancia; ahora es preciso contenerle por sus luces.

Estas nuevas instrucciones son muy importantes, y conviene tomar las cosas con mas anticipacion. Ahora es tiempo de ajustar, por decirlo así, mis cuentas con él;

de manifestarle el empleo de su tiempo y el mio; de declarar-le lo que es él y lo que soy yo; lo que he hecho. y lo que él ha hecho; lo que nos debemos uno á otro; todas sus relaciones morales, todos los empeños que ha contraido, y los que con él se han contraido; hasta que punto ha llegado en el progreso de sus facultades, el camino que le queda por andar, los tropiezos que encontrará, los medios de salvar estas dificultades, en qué le puedo yo valer todavía, y en qué puede valerse él solo; finalmente, el punto crítico en que se halla, los nuevos riesgos que le cercan, y todas las razones sólidas que le deben convencer de que ha de vigilar con atencion sobre sí, antes de dar oídos á sus nacientes deseos.

Observad que para conducir á un adulto, es preciso practicar lo opuesto de todo cuanto habeis hecho para conducir á un niño. No titubeeis en instruirle de los peligrosos misterios que por tanto tiempo y con tanto esmero le habeis ocultado. Una vez que es necesario que al cabo los sepa, importa que ni de otro ni de sí propio los aprenda; ya que desde hoy está destinado á pelear, es preciso, para que no le cojan de sorpresa, que conozca á su enemigo.

Nunca los mozos que se encuentran hábiles en estas materias, sin saber cómo, se han instruido impunemente. Como esta imprudente instruccion no puede tener objeto honesto, mancilla á lo menos la imaginacion de los que la adquieren, y los dispone para los vicios de los que se la dan. Hay mas; se insinúan los criados en el ánimo de un niño, se granjean su confianza, le hacen que mire á su ayo como un personaje triste y enfadoso; y uno de los principales asuntos de sus coloquios secretos es hablar mal de él. Cuando esto hace el alumno, se debe retirar el maestro, pues nada bueno puede ya conseguir.

Mas ¿por qué escoge el niño confidentes particulares? Siempre por la tirania de los que le gobiernan. ¿Por qué se habia de esconder de ellos, si no se viera forzado á hacerlo? ¿Por qué se habia de quejar, si no tuviera motivo para ello? Naturalmente son sus confidentes primeros; y por el ánsia con que les viene á decir lo que

piensa, vemos que cree que solo á medias ha pensado hasta que se lo ha dicho. Estad cierto de que si no teme el niño de vos ni plática ni reprension, siempre os lo dirá todo, y no se atreverán á fiar de él nada que deba callaros, cuando estén ciertos de que todo os lo ha de decir.

Lo que mas me hace fiarme en mi método, es que siguiendo sus efectos con la mayor exactitud posible, no veo una situacion en la vida de mi alumno, que no deje alguna grata imagen de él. En el punto mismo en que le arrastran los furoros del temperamento, y en que, irritado contra la mano que le contiene, forcejea, y empieza á deslizárseme, en sus agitaciones y arrebatos todavia encuentro su sencillez primera; su corazon tan puro como su cuerpo, no conoce mas disfraz que el vicio; ni las reprensiones ni el menosprecio le han acobardado; nunca el miedo le enseñó á disfrazarse. Tiene toda la falta de cautela de la inocencia; es ingénuo sin escrúpulo; todavia no sabe para qué sirve el engañar. No se excita un movimiento en su mente que no me le digan sus ojos ó su boca; y muchas veces los afectos que experimentar los distingo yo antes que él.

Mientras siga manifestándome su alma con esta libertad, y diciéndome con gusto lo que siente, nada tengo que temer, todavia no está inmediato el peligro; pero si se torna mas tímido, mas cauteloso, si columbro en sus conversaciones la primer confusion de la vergüenza, ya se desenvuelve el instinto, ya empieza á juntarse con él la nocion del mal: no hay que perder un instante; y si no me doy prisa á instruirle, en breve se instruirá él á despecho mio.

Mas de un lector, aun cuando adopte mis ideas, pensará que solo se trata aquí de una conversacion entablada por casualidad con el jóven, y que está concluido. ¡Ah, no se gobierna así el corazon humano! Nada significa lo que se dice, si no se ha preparado el instante de decirlo. Antes de sembrar, es preciso cavar la tierra: con dificultad brota la semilla de la virtud; son indispensables muchas labores para que eche raíces. Una de las causas de que sean inútiles las predicaciones, es que las dirigen indistintamente á todo el mundo

sin eleccion ni discernimiento. ¿Cómo pueden pensar que convenga un mismo sermón á tantos oyentes, de tan diverso modo dispuestos, y que tanto se diferencian en talento, en génio, en edad, en sexo, en estado y en opinion? Acaso no hay dos á quienes pueda convenir lo que se dice á todos; y tan poca constancia tienen todas nuestras afecciones, que no hay acaso dos instantes en la vida de cada hombre, en que el mismo razonamiento haga en él la misma impresion. Cuando inflamados los sentidos enajenan el entendimiento y tiranizan la voluntad, júzguese si es hora de escuchar las graves lecciones de la sabiduría. Así, no habéis nunca en razon á los mozos, ni aun en la edad de ella, sin ponerlos primero en estado de que os den oídos. La mayor parte de los razonamientos perdidos lo son mas por culpa de los maestros que por la de los discípulos. Casi las mismas cosas dice el pedante que el institutor; pero aquel las dice sin ton ni son, y este solo cuando está cierto de su eficacia.

Como un somnábulo anda dormido á orillas de un precipicio en que caeria si de repente le despertaran, así mi Emilio en el sueño de la ignorancia evita riesgos que no distingue: si le despierto sobresaltándole, está perdido. Procuremos primero apartarle del precipicio, y luego le despertaremos para mostrársele desde lejos.

La lectura, la soledad, la ociosidad, la vida muella y sedentaria, el trato con las mujeres y con los mozos; estos son los peligrosos senderos que á su edad puede pisar, y que le retienen sin cesar al lado del peligro. Con otros objetos sensibles distraigo sus sentidos; abriendo otro curso á su espíritu, le desvío del que empezaban á tomar; ejercitando en penosos afanes su cuerpo, suspendo la actividad de la imaginacion que le arrastra. Cuando trabajan mucho los brazos, descansa aquella; cuando está muy cansado el cuerpo, no se inflama el corazon. La precaucion mas fácil y mas pronta es sacarle del peligro local. Primero me le llevo fuera de los objetos que pueden causarle tentaciones. Mas esto no basta; ¿pues en qué desierto, en qué agreste asilo evitará la imágenes que le persiguen? No sirve apartar los objetos peligrosos, si no se aparta tambien su me-

moria: si no tengo arte para desprenderle de todo y distraerle de sí propio, tanto valia dejarle donde estaba.

Emilio sabe un oficio, pero aquí este oficio no es nuestro recurso; gusta y entiende de agricultura, mas no basta la agricultura: las ocupaciones que conoce se han hecho una costumbre para él; cuando las practica, es como si no hiciera nada; piensa en otra cosa, y obran aparte su cabeza y sus brazos. Necesita otra ocupacion que por su novedad le interese, que le tenga en cuidado, que le agrade, le aplique y le ejercite; una ocupacion á que tome pasion, y que le absorba del todo. La única que á mi parecer reúne todas estas condiciones, es la caza. Si esta es en algun tiempo una diversion inocente, y que conviene al hombre, ahora es cuando se ha de echar mano de ella. Emilio posee todo cuanto se necesita para aventajarse en ella; es robusto, mañoso, paciente, infatigable. No hay duda de que tomará aficion á este ejercicio, se entregará á él con todo el calor de su edad, y á lo menos por algun tiempo perderá las peligrosas inclinaciones que nacen de la molicie. La caza endurece no menos el corazon que el cuerpo; acostumbra á la sangre, á la crueldad. A Diana la han hecho enemiga del amor, y la alegoría es muy propia: los deliquios del amor solo en un blando sosiego nacen; un ejercicio violento sofoca los afectos tiernos. En las selvas, en los sitios agrestes, son tan distintas las impresiones del amante y del cazador, que los mismos objetos les presentan imágenes totalmente diversas. Las frescas sombras, los cotos, los suaves albergues del primero retratan al otro oteos, batidas y jarales; donde el uno no oye mas que pastoriles flautas, ruisenores, y dulces trinos, se figura el otro las trompas y gritos de los cazadores; uno imagina driadas y ninfas; otro picadores, jaurías y caballos. Pasead por el campo con estos dos hombres de tan distinta especie; por la diferencia de su estilo, luego echareis de ver que no tiene para ellos la tierra igual aspecto, y que tan diferente es el giro de sus ideas como la índole de sus gustos.

Bien entiendo cómo se reúnen estos gustos, y cómo se halla al fin tiempo para todo: pero no se reparten así las pasiones de la mocedad; dadle una sola ocupa-

cion á que se aficione, y en breve se olvidará de todas las demás. La variedad de los deseos procede de la de los conocimientos; los placeres primeros que conocemos son por mucho tiempo los únicos á que anhelamos. No quiero que pase Emilio su mocedad entera matando animales monteses, ni tampoco pretendo justificar en todo esta feroz pasion; bástame con que me sirva lo bastante para suspender otra pasion mas peligrosa todavía, de manera que me escuche con serenidad cuando de ella le hablare y me dé tiempo para pintársela sin excitarla.

Hay épocas en la vida humana cuyo destino es que no las olvidemos nunca. De esta especie es para Emilio la de la instruccion de que hablo, que debe influir en lo restante de su vida. Procuremos por tanto grabarla en su memoria, de suerte que nunca la olvide. Uno de los errores de nuestro siglo es emplear la razon sobrado desnuda, como si los hombres fuesen meros espíritus. Descuidando la lengua de los signos que hablan á la imaginacion, hemos perdido el mas enérgico de los idiomas. Siempre es débil la impresion de la palabra, y mejor hablan al corazon los ojos que los oidos. Queriendo dejárselo todo al raciocinio, hemos reducido á palabras nuestros preceptos, y nada hemos explicado con acciones. La razon sola no es activa; algunas veces contiene, pocas excita, y nunca hizo nada grande. Discurrir siempre, es la manía de los espíritus apocados: los ánimos esforzados tienen otro idioma, y este es el que persuade y hace obrar.

Noto que en los siglos modernos no tienen los hombres mas asidero unos en otros que la fuerza y el interés, en vez de que los antiguos obraban mucho mas por la persuasion y por las afecciones del ánimo, porque no descuidaban la lengua de los signos. Celebrábanse con solemnidad todas las convenciones para hacerlas mas inviolables: antes que estuviere la fuerza establecida, eran los Dioses los magistrados del linaje humano: á presencia de ellos ajustaban los particulares sus tratados, sus alianzas; pronunciaban sus promesas: la faz de la tierra era el libro donde se conservaban sus archivos: eran las hojas de este libro, abierto sin cesar á los ojos

de todos, las rocas, los árboles, los montes de piedras consagrados por estos actos, y acatados con respeto de aquellos hombres bárbaros. El pozo del juramento, el pozo del viento y viviente, el antiguo roble de Mambré, el monton del testigo; esos eran los rudos, pero augustos monumentos de la santidad de los contratos: ninguno se hubiera atrevido á atentar con mano sacrilega á estos monumentos, y mas segura estaba la fé de los hombres con la fianza de estos mudos testigos, que hoy lo está con todo el vano rigor de las leyes.

En el gobierno, el augusto aparato del poder real imponia respeto á los pueblos; para estos eran cosas sagradas las señales de dignidad, el trono, el cetro, la vestidura de púrpura, la corona, la diadema: estos respetados signos hacian venerable al hombre que veian adornado con ellos: y al punto que hablaba, sin soldados y sin amenazas era obedecido. Ahora que afectan la abolicion de estos signos (1) ¿qué resulta de este menosprecio? Que se borra de todos los corazones la majestad real, que los reyes solo á fuerza de tropas se hacen obedecer, y que el respeto de los vasallos solo está vinculado en el temor del castigo. Ya no se toman los reyes el trabajo de llevar su diadema, ni los grandes los distintivos de sus dignidades; pero necesitan tener siempre cien mil brazos prontos para hacer ejecutar sus órdenes: y aunque acaso esto les parezca mas hermoso, es fácil ver que al cabo este cambio no les ha de traer provecho.

Lo que han hecho con la elocuencia los antiguos es cosa portentosa; pero no solo consistia esta elocuencia en hermosos discursos bien coordinados, y nunca pro-

(1) El clero romano los ha conservado con mucho arte, y á ejemplo suyo algunas repúblicas, entre otras la de Venecia. Por eso, el gobierno veneciano, no obstante la ruina del Estado, goza todavia, con el aparato de su antigua majestad, de todo el cariño y adoracion de la plebe; y despues del Papa, ornado con su tiara, no hay acaso rey, potentado, ni hombre de este mundo tan respetado como el Dux de Venecia, sin poder ni autoridad, pero consagrado por su pompa, y adornado con su cuerno ducal de una escofieta de mujer. La ceremonia del bucentauro, que tanto da que reir á los necios, haria derramar al populacho de Venecia hasta la última gota de sangre por mantener su tiránico gobierno.

dujo mas efecto que cuando menos hablaba el orador. Lo que con mas viveza sentian no lo expresaban con palabras, sino con signos; no lo decian, lo mostraban. El objeto que nos ponen á los ojos conmueve la imaginacion, excita la curiosidad, retiene el espiritu en expectativa de lo que van á decir; y muchas veces este objeto solo lo dice todo. ¿Trasibulo y Tarquino cortando las cabezas de adormideras, Alejandro poniendo su sello en la boca de su privado, Diógenes andando delante de Zenon, no hablaban mejor que con largos discursos? ¿Qué palabras hubieran declarado con tanta propiedad las mismas ideas? Metido Dario con su ejército en la Escitia recibe de parte del rey de los escitas un pájaro, una rana, un raton y cinco flechas; entrega el embajador su presente, y se vuelve sin decir palabra. Fué entendida tan terrible comunicacion, y Dario á toda prisa se volvió para su país como pudo. Sustitúyase á estos signos una carta; cuanto mas amenazadora sea, menos asustará; será una baladronada de que se hubiera mofado Dario.

¡Qué atencion no ponian los romanos en el lenguaje de los signos! Vestiduras distintas segun las edades y condiciones; togas, sayos, protestas, bulas, laticlavos, sillas curules, lictores, haces, hachas, coronas de oro, de yerbas, de hojas, oraciones, triunfos; todo entre ellos era aparato, representacion, ceremonia, y todo hacia impresion en los corazones de los ciudadanos. Importaba al Estado que se juntase el pueblo en tal sitio mejor que en cual; que viese ó no viese el Capitolio; que estuviese ó no vuelto hacia el Senado; que deliberase este dia y no aquel otro. Los acusados mudaban de traje, tambien le mudaban los candidatos; los militares no ensalzaban sus proezas bélicas, que enseñaban sus heridas. Cuando la muerte de César, me imagino que uno de nuestros oradores, queriendo inflamar al pueblo, hubiera dejado exhaustos todos los lugares comunes del arte para hacer una patética descripcion de sus heridas, su sangre, su cadáver. Antonio, aunque elocuente, no dice nada de eso; hace traer el cuerpo. ¡Qué retórica!

Pero insensiblemente esta digresion me lleva lejos de mi asunto, como me sucede con otras muchas, y son

demasiado frecuentes mis desviaciones para que puedan ser largas y tolerables: así vuelvo á la materia.

Nunca discurreis ásperamente con la juventud; revestid de un cuerpo la razon, si quereis hacérsela sensible. Procurad que atraviese por el corazon el idioma del entendimiento, para que se haga escuchar. Vuelvo á repetir que los argumentos frios pueden determinar nuestras opiniones, mas no nuestras acciones; nos hacen creer, y no obrar: lo que se debe pensar, se demuestra, no lo que se debe hacer. Si esto es cierto tratándose de todos los hombres, con mas razon lo será tratándose de los mozos todavía envueltos en sus sentidos, y que solo en cuanto imaginan piensan.

Así que me guardaré muy bien, aun despues de los preparativos indicados, de ir á deshora al aposento de Emilio á hacerle un largo y pesado razonamiento acerca del asunto en que le quiero instruir. Primero conmoveré su imaginacion: escogeré el tiempo, el sitio, los objetos mas propicios á la impresion que deseo excitar; llamaré, por decirlo así, la naturaleza entera por testigo de nuestras conferencias; atestiguaré con el Sér eterno, cuya obra es, de la verdad de mis palabras; le haré juez entre Emilio y yo; señalaré el sitio donde estamos, la rocas, los bosques, las montañas que nos rodean, por monumentos de sus empeños y los míos; en mis ojos, en mi acento, en mi ademan brillarán el entusiasmo y el ardor que quiero inspirarle. Hablaré entonces, y me escuchará, me enterneceré, y se conmoverá. Penetrándome en la santidad de mis obligaciones haré que respete mas las suyas; animaré la fuerza del argumento con imágenes y figuras; no seré largo y difuso en máximas frias, sino abundante en afectos que rebozen; mi razon será grave y sentenciosa, pero nunca dirá lo suficiente mi corazon. Mostrándole entonces todo cuanto por él hice, se lo haré ver como hecho por mi propia conveniencia; y en mi tierno cariño verá la razon de todos mis afanes. ¡Qué sorpresa, qué agitacion le voy á causar, mudando repentinamente de estilo! En vez de estrechar su ánimo hablándole siempre de su interés, de hoy mas, solo del mio le hablaré, y le tocaré mas en lo vivo; inflamaré su juvenil corazon en todos

los afectos de amistad, de generosidad, de gratitud, que ya he hecho nazcan en él, y que tan suave es alimentar. Le apretaré contra mi pecho derramando lágrimas de ternura, y le diré: «Tú eres mi caudal, mi hijo; la obra mia; espero mi dicha de la tuya: si frustras mis esperanzas, me robas veinte años de vida, y causas la desventura de mis ancianos años.» Así se hace uno escuchar de un jóven, y graba en lo íntimo de su corazon la memoria de lo que le dice.

Hasta aquí he procurado dar ejemplos de cómo debe instruir un ayo á su discípulo en los lances árdulos. Lo mismo he intentado hacer en este; pero despues de repetidas pruebas renunció á ello, convencido de que es sobrado melindrosa nuestra lengua para consentir nunca en un libro el candor de las primeras instrucciones sobre ciertas materias.

El idioma castellano dicen que es casto, y yo lo creo muy obsceno, porque me parece que no consiste la castidad de un idioma en evitar con esmero las expresiones lascivas, sino en no tenerlas. Efectivamente, para evitarlas es preciso pensar en ellas, y es difícil en todos sentidos enunciarse con pureza en lengua castellana. Mas hábil siempre el lector en hallar significaciones obscenas, que el autor en removerlas, con todo se escandaliza y se alborota. ¿Cómo no se ha de mancillar lo que pasa por oídos impuros? Por el contrario, un pueblo de buenas costumbres tiene términos propios para todas las cosas, y estos términos siempre son castos, porque siempre se usan castamente. No es posible imaginar idioma mas modesto que el de la Biblia, precisamente porque todo está dicho con candor; pues para hacer modestas las mismas cosas, basta con ponerlas en castellano. En lo que yo he de decir á mi Emilio nada habrá que no sea honesto y casto á sus oídos; mas para que los lectores lo creyesen tal, seria necesario que tuvieran el corazon tan puro como el suyo.

Tambien pienso que pudieran ocupar un lugar útil en las conferencias de moral, á que nos dará materia este asunto, algunas reflexiones acerca de la pureza del discurso y de la falsa delicadeza del vicio; porque cuando aprenda el idioma de la honestidad, tambien debe

aprender el de la decencia, y es necesario que sepa por qué son tan distintas estas dos lenguas. Sea como fuere, yo sostengo que en vez de los vanos preceptos con que antes de tiempo fatigan las ideas de la juventud, y de que esta se burla en llegando á la edad en que le serian oportunos; si se espera y se prepara el instante de hacerse escuchar; si entonces se le exponen las leyes de la naturaleza con toda su verdad; si se le manifiesta la sancion de estas mismas leyes en los males físicos y morales que á los delincuentes les acarrea su infraccion; si hablándole del incomprendible misterio de la generacion, con la idea del atractivo que dió á este acto el autor de la naturaleza, se junta la del cariño exclusivo, que le hace delicioso, la de las obligaciones de fidelidad y pudor que le cercan, y que duplican su embeleso des- empeñando su objeto; si pintándole el matrimonio, no solo como la mas dulce de las sociedades, sino como el mas inviolable y mas sacrosanto de todos los contratos, se le deducen con fuerza todas las razones que hacen respetable para todos los hombres tan sagrado vínculo, y cubren de ódio y maldicion á cualquiera que se atreve á mancillar su pureza; si se le hace una pintura verdadera de los horrores de la disolucion, de su estúpido embrutecimiento, del insensible declive por el cual el primer desórden conduce á los demás, y arrastra finalmente á su pérdida á quien se entrega á él; si se le demuestra con evidencia de qué modo con el amor de la castidad van unidos la salud, la fuerza, las virtudes, el mismo amor, y todos los verdaderos bienes del hombre; sostengo que entonces se le hará que desee y ame esta misma castidad, y que se hallará dócil su ánimo á los medios que para conservarla le diéremos, porque el que aun la conserva la respeta, y solo la desprecia el que la ha perdido.

No es cierto que sea indomable la propension al mal, y que no sea uno dueño de vencerla antes de haber adquirido el hábito de rendirse á ella. Dice Aurelio Víctor, que muchos arrebatados de amor compraron voluntariamente con su vida una noche pasada con Cleopatra; y no es imposible este sacrificio en la embriaguez de la pasion. Pero supongamos que viese el aparato del su-

plicio, seguro de perecer en los tormentos pasado un cuarto de hora, el hombre mas furioso, y que menos domine sus sentidos, y no solamente se haria superior desde aquel punto á las tentaciones, sino que le costaria poco resistirse á ellas: en breve le distraeria de su gozo la horrorosa imágen con que vendrian acompañadas, y siempre repelidas se cansarian de volver. La tibieza sola de nuestra voluntad es la que constituye nuestra flaqueza; siempre somos fuertes para ejecutar lo que con fuerza queremos: *volenti nihil difficile, nada es difícil para quien quiere.* ¡Oh, si detestáramos el vicio tanto como amamos la vida, con tanta facilidad nos abstendríamos de una culpa agradable, como de un veneno mortal en un manjar delicioso!

¿Quién no vé que si todas las lecciones que sobre este punto se dan á un mancebo son sin fruto, consiste en que no tienen la razon apropiada á sus años, y en todas edades importa revestir la razon de formas que la hagan amable? Habladle con gravedad cuando fuere necesario: pero tenga siempre lo que le digais un atractivo que le fuerce á escucharos. No os opongais con sequedad á sus deseos; no ahogéis su imaginacion, guiadla, no sea que engendre mónstruos. Habladle del amor, de las mujeres, de los deleites; haced que en vuestras conversaciones encuentre un embeleso que halague su juvenil corazon; tratad por todos los medios que os haga su confidente: solo á título de tal sereis verdaderamente maestro suyo. No temais entonces que le aburran vuestras conferencias; al contrario, os hará hablar mas de lo que querais.

Si conforme á estas máximas he sabido tomar todas las precauciones necesarias, y decir á mi Emilio las cosas que se adaptan con la situacion á que ha llegado con el progreso de los años, seguro estoy de que vendrá por sí mismo al punto á que le quiero traer, que se pondrá con anhelo bajo mi proteccion, y que con todo el calor de su edad me dirá asustado con los peligros que ve que le cercan: «¡Oh, amigo, amparo y maestro mio! Volved á tomar la autoridad que quereis abandonar en el punto que mas importa que la conserveis; hasta aquí la teniais por mi flaqueza; de hoy mas la

tendreis por mi voluntad, y será para mí mas sagrada. Defendedme de todos los enemigos que me sitian, y sobre todo de los mas alevos que dentro de mí llevo; vigilad sobre vuestra obra, para que permanezca digna de vos. Quiero obedecer siempre vuestras leyes, y si alguna vez os desobedezco, será á despecho mio: hacedme libre amparándome contra mis pasiones que me avasallan, y logre yo ser mi árbitro propio, no obedeciendo á mis sentidos, sino á mi razon.»

Cuando hayais traído á vuestro alumno á este punto (y si á él no viniere, será culpa vuestra), guardaos de cogerle muy pronto la palabra; para que si alguna vez le parece demasiado penoso vuestro imperio, no se crea con derecho á zafarse de él, acusándoos de que le cogisteis desprevenido. En este instante son oportunas la gravedad y la discrecion; y este tono le impondrá mas respeto, porque será la primera vez que os le haya visto tomar.

Le direis por tanto: «Mancebo, con mucha ligereza contraeis empeños árduos; seria necesario que los conocieseis, para tener derecho á formarlos: no sabeis con qué furor arrastran los sentidos á vuestros semejantes en la honda sima de los vicios con el cebo del deleite. No teneis un alma villana, bien lo sé; nunca violareis vuestre fé; mas ¡cuántas veces os arrepentireis de haberla empeñado! ¡Cuántas veces maldecireis á quien os ama, cuando por libraros de los males que os amenazan se vea forzado á haceros pedazos el corazon! Asi agitado Ulises con el canto de las Sirenas clamaba á sus conductores para que le desatasen: embebidos con los seductores atractivos del placer, querreis quebrantar los vínculos que os ligen, me importunareis con vuestras quejas, me echareis en cara mi tiranía, cuando con mas ternura me afane por vos; sin pensar mas que en vuestra dicha, me acarrearé vuestro aborrecimiento. ¡Emilio mio! nunca podré sobrellevar la idea de serte odioso, tu misma dicha es muy costosa á ese precio. ¿No veis, buen jóven, que obligándoos á obedecerme, me obligais á que os guie, á que me olvide de mí para consagrarme á vos, á no escuchar ni vuestras quejas, ni vuestras murmuraciones, á oponerme sin cesar á vuestros gustos y

los míos? Me imponeis un yugo mas duro que el vuestro. Antes que ambos con él carguemos, consultemos nuestras fuerzas; tomaos tiempo, dádmele para que yo lo piense, y sabed que el que mas tardo es en prometer, siempre es el mas puntual en cumplir.»

Conoced tambien que cuanto mas dificultades pongais acerca de este empeño, mas facilitareis su cumplimiento. Importa que reconozca el mozo que promete mucho, y que vos prometeis todavia mas. Cuando haya llegado la hora, y cuando haya firmado, por decirlo asi, el contrato, mudad entonces de estilo; usad de tanta blandura en vuestro imperio, como severidad le habiais anunciado. Decidle: «Amado jóven, os falta experiencia, pero yo he hecho de manera que no os faltase razon; en estado os hallais de ver siempre los motivos de mi conducta: para eso solo necesitais aguardar á que esteis sereno. Obedeced siempre y pedidme luego cuenta de mis preceptos; siempre estaré dispuesto á haceros ver la razon de ellos así que tengais serenidad para oirme, y nunca temeré haceros juez entre vos y yo. Prometeis ser dócil, y yo prometo usar de esta docilidad tan solo para hacer que seais el mas feliz de los hombres. Os doy por fianza de mi promesa la suerte que hasta aquí habeis disfrutado: halladme uno de vuestra edad que haya pasado una vida tan grata como la vuestra, y no os prometo cosa ninguna.»

Despues de establecida mi autoridad, mi primer cuidado será precaver la necesidad de hacer uso de ella. Nada omitiré para granjearme mas y mas su confianza, para hacerme el confidente de su corazon, y el árbitro de sus placeres. Lejos de oponerme á los gustos de su edad, los consultaré para enseñorearme de ellos; me acomodaré á sus planes para dirigirlos; no le proporcionaré una remota felicidad á costa de la presente. No quiero que sea feliz una vez, sino á ser posible, siempre.

Los que quieren conducir con cordura la mocedad para preservarla de los lazos de los sentidos, la inspiran aversion al amor, y les falta poco para mirar como delito que á su edad piense en él, como si fuera el amor negocio de viejos. Nunca persuaden estas engañosas lecciones que desmiente el corazon. Encaminado el mancebo